

zos realizados, en la mejor senda, para elevar la Universidad española al rango que ya logró alcanzar inmediatamente después de la primera guerra mundial. Alberto Jiménez fué el creador, efectivamente, de la Residencia de Estudiantes, admirable superación, en las mejores orientaciones contemporáneas, del espíritu de los Colegios mayores de la mejor época. La desdichada guerra civil española cortó la marcha ascensional de aquélla y otras instituciones, siendo verdaderamente admirable la serenidad con que el autor, desde el exilio, supera la tragedia espiritual que para él—y tantos otros...—ha representado su voluntaria separación de la obra a que se habían consagrado por entero, encomendada hoy en gran parte a un equipo diferente.

EL «FEDRO» DE PLATÓN

«A tout seigneur, tout honneur». Y aunque el señorío de Platón sea tan excelso, no es menos cierto que la editorial Revista de Occidente ha sabido hacerle máximos honores encomendando una traducción del «Fedro» a María Araujo, con un prólogo positivamente trascendental de Julián Marías, para la colección de «Textos anotados». Las notas son también de María Araujo, y de calidad tan valiosa como la brillantísima traducción.

En este prólogo—que por sí solo constituye un tratadito de filosofía, de 96 páginas—Juan Marías realiza el no pequeño prodigio de no desmerecer de su propia «Introducción a la Filosofía». Tal es el interés que sabe imprimir a su estudio, al no reducirse al análisis de la doctrina del «Fedro» sino abarcar, en rauda síntesis, las esencias del platonismo y, para ello, las raíces vitales de la filosofía helénica. La grandeza del cuadro así presentado es sólo íntegramente captable cuando una mente tan lúcida y penetrante como la del joven filósofo español sabe perfilar las fuerzas históricas en que se incubaba y desarrolla la filosofía preplatónica, hasta llegar a las cumbres del pensamiento griego,

subrayando toda la patética intensidad de la batalla espiritual librada por la mente helénica entre la realidad y el ser.

Julián Marías no «explica» Platón, sino que nos prepara para comprenderlo, así como María Araujo no trata de calcar en castellano el primor del «Fedro» sino que se esfuerza animosamente en transplantarlo sabia y artísticamente al también hermoso idioma de Cervantes.

PERMANENCIA DE GALDÓS

Benito Pérez Galdós desafía al tiempo o, mejor dicho, quizás son más estimadas aún sus obras conforme van ganando en perspectiva, difuminándose algunos de los rasgos episódicos o polémicos que circunstancialmente despertaron reacciones encontradas, y afirmándose más y más lo mucho que hay en el Balzac español de auténtico y permanente.

Buena prueba de esta permanencia de don Benito nos la da la frecuencia con que es reeditado total o parcialmente, y de manera muy especial las series de sus «Episodios nacionales». Mario Aguilar, el conocido editor madrileño, se ha destacado entre los que se esforzaron en presentar las obras de Galdós con más decoro, realizando la proeza de reunirlos en tan sólo tres volúmenes de su colección «Obras eternas». Y ahora aparece una reimpresión del primero de aquéllos por haberse agotado ya la anterior, que comprende los diez episodios de la primera serie y parte de la segunda, hasta «El terror de 1824», inclusive, o sea: «Trafalgar», «La Corte de Carlos IV», «El 19 de Marzo y el 2 de Mayo», «Bailén», «Napoleón en Chamartín», «Zaragoza», «Gerona», «Cádiz», «Juan Martín el Empecinado», «La batalla de los Arapiles», «El equipaje del rey José», «Memorias de un cortesano de 1815», «La segunda casaca», «El Gran Oriente», «7 de Julio», «Los cien mil hijos de San Luis» y «El terror de 1824».